

## **PALABRAS DE LA RECTORA**

**María Mercedes de Brigard Merchán**

**Clausura, jun. 12 de 2026**

Hace cuarenta años, en diciembre de 1986, Leopoldo y yo regresábamos de un viaje. Mientras esperábamos una conexión hacia Bogotá en el aeropuerto de Madrid, conversábamos sobre una inquietud que venía rondándonos desde hacía algunos meses. Nos habían invitado a participar en la creación de un nuevo colegio, y aquella experiencia nos llevó a preguntarnos si no había llegado el momento de fundar una institución en la que pudiéramos poner en marcha nuestra propia visión de la educación.

Fue allí, en una sala de espera, donde nació la decisión.

Al regresar a Bogotá invitamos a Lucila a acompañarnos en la aventura. Ella estaba dedicada a la educación preescolar y tenía experiencia en primaria; nosotros, en cambio, habíamos desarrollado nuestra trayectoria en los cursos superiores de bachillerato. Desde el primer momento aceptó con entusiasmo. Su incorporación no solo complementó nuestras fortalezas profesionales, sino que nos dio la certeza de que aquel sueño tenía los compañeros de viaje adecuados.

Dedicamos todo 1987 a darle forma a lo que hasta entonces era apenas una ilusión. Construimos el proyecto pedagógico, organizamos jurídicamente la institución naciente, conformamos unos órganos de gobierno con personas reconocidas de nuestra sociedad y comenzamos a dar a conocer un proyecto que abriría sus puertas en 1988 con los grados Kinder, Transición, Primero y Segundo.

Mirando hacia atrás, resulta emocionante comprobar que de aquella primera etapa siguen vivos nuestros fundamentos filosóficos y nuestros objetivos educativos. Vivos y mejorados. Eran principios suficientemente profundos, universales y flexibles para resistir el paso del tiempo, permitiendo al mismo tiempo una actualización permanente. Han sido la brújula que nos ha acompañado durante estas cuatro décadas.

Hoy quisiera compartir algunas intimidades de aquellos años 1986, 1987 y 1988.

Lucila tenía entonces tres hijos de ocho, cinco y dos años. Había hecho una pausa en su trabajo en colegios para dedicarse a criarlos. Tejía, cosía, dictaba clases de tejido y costura y vendía sacos de lana y vestidos para niñas. Su esposo, Mario, era un próspero ejecutivo. Leopoldo y yo, por nuestra parte, teníamos cuatro hijos de nueve, ocho, siete y cinco años. Leopoldo había dejado temporalmente la educación para dedicarse a otra de sus grandes pasiones: el ciclismo. Eran los años dorados del ciclismo colombiano. Yo enseñaba filosofía. Ambas familias estábamos plenamente inmersas en la tarea de educar a nuestros propios hijos.

Esa fue la razón por la cual Leopoldo no pudo dedicarse de lleno al colegio durante los primeros años. Había que sostener esta tropa. Y, sin embargo, nunca dejó de sostener también el sueño.

Llegó entonces 1988, el año de la verdad.

Abrimos admisiones. Teníamos muchas solicitudes, pero no teníamos sede, ni recursos, ni profesores, ni personal administrativo. Atendíamos a las familias en la sala y la biblioteca de la casa de mis padres. Nuestro principal equipo de oficina era una máquina de escribir que nos había regalado mi abuelo.

Cuando alguna familia, remitida por jardines infantiles o colegios amigos, llegaba a pedir información, yo, como flamante rectora, la recibía en la sala. Mientras tanto, en la biblioteca del cuarto contiguo, Lucila tecleaba sin descanso. Todavía hoy no sé exactamente qué escribía, pero el sonido constante de las teclas daba la impresión de que éramos una organización enorme y ocupadísima. De vez en cuando me hacía llegar un papelito, tal como las secretarías de las rectoras de verdad. Aquella pequeña puesta en escena nos ayudaba a sentir que el colegio ya existía.

Comenzaron las inscripciones.

Realizamos los primeros exámenes de admisión en las instalaciones de Periquito y de otro jardín infantil llamado El País de las Maravillas. Seguíamos sin tener sede, pero las familias comenzaron a matricular a sus hijos.

Y, por supuesto, la primera matrícula no quedó registrada en el folio uno ni con el número uno. ¿Quién iba a arriesgarse a dar ese paso? Comenzamos prudentemente con la número tres. A partir de allí los números fueron creciendo poco a poco hasta alcanzar los 65 estudiantes. Nuestro número mágico era 60. Con 60 podíamos funcionar.

En las reuniones de Junta Directiva, cuando la incertidumbre parecía imponerse, Leopoldo mantenía intacta su convicción. Íbamos a lograrlo. Y así fue.

Sin embargo, todavía nos faltaba algo esencial: la sede.

Nadie quería alquilar su casa para un colegio. Un buen día, Leopoldo y yo salimos en nuestro Simca a recorrer San José de Bavaria. De pronto vimos una casa hermosa, rodeada por un jardín enorme. Leopoldo la señaló de inmediato y dijo con absoluta seguridad:

—Esa es la casa.

Pertenecía a un profesor de la Universidad Pedagógica. Logramos localizarlo en el vecindario. Como era de esperar, al principio se negó. Pero rápidamente hicieron efecto nuestros argumentos, nuestro entusiasmo y ese espíritu de colegaje que suele unir a quienes creen en la educación. Finalmente aceptó alquilárnosla.

Aquel fue uno de esos momentos decisivos que cambian la historia sin que uno lo sepa del todo. Habíamos encontrado un hogar para el sueño.

Un par de años después logramos arrendar también el lote vecino. Lo necesitábamos para tener una cancha de fútbol. El colegio comenzaba a crecer y, con él, crecían también nuestras esperanzas.

Permanecimos 5 años en esa sede. Nuestro crecimiento fue vertiginoso, nos pusimos de moda. Había que buscar una sede para nuestro colegio que ya, en ese momento, era de verdad verdad.

Después de varios meses de búsqueda conseguimos este terreno que era un sueño, parecía mentira. La negociación fue muy difícil. Un buen día, cuando ya lo veíamos imposible, nos vinimos Lucila y yo con una medalla de la Virgen Milagrosa y la arrojamos por encima de la cerca. La pobre Virgencita quedó sembrada quién sabe dónde. Pero logramos el negocio y desde ahí nos ha cuidado hasta hoy.

Para ese entonces ya iniciábamos nuestro bachillerato y fue imperativo que Leopoldo viniera a

trabajar desde adentro y no solamente desde la Junta Directiva.

En 1998 se graduó nuestra primera promoción. 14 estudiantes. Primer prom. Primera excursión. Primer anuario. Primer ICFES, primeras aplicaciones en las universidades: éxito rotundo.

A partir de ahí nuestra seguridad en lo que hacemos fue consolidándose. Nos empezamos a volver un poco “creídos”. Estábamos en las grandes ligas, pero seguíamos y seguimos fieles a nuestros principios fundacionales.

Y, en adelante, todo ha sido crecimiento: físico, pedagógico y comunitario. Certificaciones internacionales, excursiones a lo largo y ancho de nuestro país, viajes al extranjero, AP diploma, de dos a tres cursos por grado, inclusión, extracurriculares, UNCOLI, Red Papaz, Alianza Educativa, francés. Este es un listado desordenado e incompleto de las tantas cosas que hemos conseguido.

Hoy, cuarenta años después, estas anécdotas pueden parecer pequeñas. Sin embargo, en ellas están contenidas las raíces de todo lo que vino después: la confianza de las primeras familias, la generosidad de quienes creyeron en nosotros, la tenacidad frente a la incertidumbre y la convicción profunda de que educar vale la pena.

Nada de esto habría sido posible sin las muchas personas que han caminado junto a nosotros. Distintos equipos directivos internos nos han acompañado hombro a hombro en el crecimiento institucional. A ellos, gracias de todo corazón. Gracias también a cada uno de nuestros docentes, al personal administrativo y de servicios generales, quienes, desde sus distintos lugares, han contribuido con profesionalismo, generosidad y entrega a hacer del colegio el lugar que es hoy.

Hemos tenido además el privilegio de contar siempre con una comunidad de familias maravillosas que ha confiado en este proyecto y que ha contribuido activamente a enriquecerlo y fortalecerlo cada día más. La historia del Gimnasio La Montaña no ha sido solamente la historia de sus fundadores; ha sido una obra colectiva construida entre muchos.

Pero en esta ocasión, quiero hacer un reconocimiento muy especial a Leopoldo y a Lucila por estos cuarenta años de entrega sin límites. Han sido fieles a nuestra promesa inicial con admirable coherencia. Han preservado la excelencia académica y los principios que inspiraron nuestro proyecto desde el comienzo. Lo han hecho con pasión, con convicción y con desprendimiento. Han acompañado a nuestros estudiantes y a sus familias con amor y firmeza, y han sabido también hacer crecer a quienes hemos tenido el privilegio de trabajar a su lado.

Lucila, estructurada, ordenada, planeadora, previsiva, siempre preocupada por el bienestar de sus profesores, de las familias, de nuestras señoras de servicios generales. La dueña del megáfono, el alma de nuestro bazar. Auténtica y amorosa a su estilo.

Leopoldo, profundo, apasionado, emotivo, visionario, romántico. Y especialmente, amoroso con sus estudiantes. Sensible y conectado con nuestro personal de mantenimiento. El dueño de la banda, el micrófono de nuestro bazar. Original, orgulloso de sus raíces.

En lo personal, su presencia constante me ha dado seguridad y confianza. Tenerlos siempre ahí significó para el colegio la posibilidad de que mi labor pudiera proyectarse hacia otros escenarios, con la tranquilidad de saber que el corazón de esta obra permanecía en manos sabias y comprometidas. Contar con su relevo en todo momento ha sido profundamente reconfortante.

Mi amor de esposa y de hermana es eterno. Pero más allá de los vínculos familiares, siento también una inmensa admiración y gratitud por haber compartido con ustedes esta misión de vida. El Gimnasio La Montaña es, sin lugar a dudas, el fruto de ese amor, de esa fraternidad y de una convicción profunda sobre el poder transformador de la educación.

Gracias por su generosidad en entregar la batuta y en haber permitido crecer a quienes hoy entregan confiadamente las banderas de nuestro GLM: Juana, Paula, César y Olga Lucía.

Gracias también por cerrar su labor con broche de oro cumpliendo este bello rol de consejeros que nuestros órganos de gobierno les han encomendado. Yo seré su primera aconsejada.

En nombre de Dios, hago votos por que lo que viene para ustedes los haga inmensamente felices como se lo merecen.

Cierro estas palabras con una promesa pública de que honraré nuestro sueño y nuestros principios.